

Jane Austen

Lady Susan y otras novelas

Traducción de Miguel Ángel Pérez Pérez



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Lady Susan - The Watsons - Love and Friendship - Sanditon*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Lucía M. Diz y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2021
© Alianza Editorial, S.A., 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-130-2
Depósito legal: M. 28.110-2020
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Lady Susan
- 135 Los Watson
- 207 Amor y amistad
- 263 Sanditon

Lady Susan

Carta 1¹
De lady Susan Vernon al señor
Vernon

Langford, diciembre

Mi querido cuñado:

No puedo seguir negándome el placer de aprovecharme de la amable invitación que me hiciste, la última vez que nos vimos, para que pase unas semanas con vosotros en Churchill, así que si os viene bien a la señora Vernon y a ti recibirme en estos momentos, espero tener dentro de unos días la ocasión de que me presentes a la cuñada, a la que hace tanto tiempo que ardo en deseos de cono-

1. Probablemente Austen escribiera *Lady Susan* entre 1793 y 1794, cuando contaba alrededor de dieciocho años, y justo antes de que empezara la redacción de la primera versión de lo que terminaría siendo *Sensatez y sentimiento*. La presente novela epistolar es, pues, una deliciosa obra de juventud –de una ironía y cinismo muy dieciochescos, así como muy propios de Austen a lo largo de toda su obra, por más que en sus posteriores novelas los moderase hasta cierto punto–, que no llegó a publicarse en vida de la autora.

cer. Mis afectuosos amigos me instan con todo cariño a que prolongue mi estancia aquí, pero su modo de ser hospitalario y alegre los lleva a mantener una intensa vida social que resulta excesiva para mi actual situación y estado de ánimo, por lo que aguardo con impaciencia a que llegue el momento en que me recibáis en vuestro encantador retiro. Ansío conocer a vuestros queridos hijos e intentar hacerme un hueco en sus corazones. Dentro de muy poco no me quedará más remedio que poner a prueba toda mi fortaleza, ya que estoy a punto de separarme de mi hija. La larga enfermedad de su amado padre impidió que le pudiese dedicar toda la atención que el deber y el afecto me dictaban por igual, y tengo mis razones para temerme que la institutriz a cuyo cuidado la confié no estuviera a la altura de dicha responsabilidad. Así pues, he decidido meterla en uno de los mejores colegios privados de la ciudad, en el que podré dejarla yo misma cuando vaya de camino a vuestra casa. Como ves, estoy resuelta a que no me niegues la entrada a Churchill, y me dolería mucho que te fuera imposible recibirme ahora.

Tu agradecida cuñada que tanto te quiere,

Susan Vernon

Carta 2

De lady Susan a la señora Johnson

Langford

Estabas equivocada, mi querida Alicia, al suponer que me quedaría en este lugar todo el invierno. Me duele decir lo muy equivocada que estabas, pues pocas veces he pasado tres meses tan agradables como estos últimos. Sin embargo, en la actualidad las cosas no van nada bien por aquí. Las mujeres de la familia se han unido en mi contra. Tú ya predijiste lo que iba a pasar cuando me vine a Langford, y Manwaring es un hombre tan agradable que yo misma tenía mis miedos. Recuerdo que pensé mientras me dirigía a la casa: «Me agrada mucho ese hombre; no quiera el cielo que pase nada malo». De todos modos, estaba decidida a ser discreta, a tener siempre presente que sólo llevaba cuatro meses de viuda y a comportarme con toda la moderación que me fuera posible, y así lo he hecho. Mi querida amiga, no he acepta-

do las atenciones de nadie salvo las de Manwaring, he evitado todo coqueteo y no he dado ningún trato preferente a persona alguna de las muchas que pasan por aquí, a excepción de sir James Martin, al que mostré cierta deferencia para apartarlo de la señorita Manwaring. Pero si el mundo conociera mis motivos para hacerlo, me daría toda la razón. Se me ha llamado mala madre, pero actué movida por el sagrado impulso del afecto maternal, y si mi hija no fuese la mayor boba que hay sobre la faz de la tierra, mis esfuerzos se habrían visto recompensados como se merecían. Sir James llegó a pedirme la mano de Frederica, pero ésta, que nació para hacer de mi vida un suplicio, prefirió oponerse con tanta fuerza a esa unión, que consideré que sería mejor dejarlo estar de momento. En más de una ocasión me he arrepentido de no haberme casado yo misma con él, y bastaría con que sir James fuese un poco menos débil y deleznable para que lo hiciera, pero reconozco que soy bastante romántica a ese respecto y no me conformo con que un hombre sea rico. El resultado de todo esto es muy exasperante. Sir James se ha ido, María está muy indignada y la señora Manwaring celosa hasta lo insoportable; tan celosa e iracunda conmigo que, llevada por la furia, no me extrañaría nada que recurriera a su tutor si tuviese libertad para dirigirse a él, pero en eso tu marido sigue siendo un verdadero amigo, pues nunca ha hecho nada más amable y acertado en su vida que librarse de ella para siempre tras el matrimonio que contrajo. Así pues, te ruego que mantengas vivo su resentimiento contra ella. Ahora la situación es muy triste; nunca ha habido casa más alterada; toda la familia está en pie de guerra y Man-

waring apenas se atreve a hablarme. Es hora de que me vaya, por tanto; he decidido dejarlos, y esta misma semana espero pasar un agradable día contigo en la ciudad. Si el señor Johnson continúa teniendo la misma mala opinión de mí, entonces habrás de venir tú a verme a Wigmore Street, 10, pero espero que no sea ése el caso, pues, como al señor Johnson, pese a todos sus defectos, siempre se le aplica ese gran término de ser un hombre «respetable», y se sabe que yo soy íntima de su mujer, el que me desprecie de ese modo debe de resultar extraño. Voy a Londres de paso, camino de un lugar insoportable como es un pueblecito, pues mi destino es Churchill. Perdóname, mi querida amiga, pero es mi último recurso. Si tuviera abiertas las puertas de cualquier otro sitio de Inglaterra, sin duda que iría allí. Le tengo una gran aversión a Charles Vernon, y me da miedo su mujer. Aun así, he de quedarme en Churchill hasta que se me presente algo mejor. Mi hija me va a acompañar a Londres, donde la dejaré al cuidado de la señorita Summers, en su colegio de Wigmore Street, hasta que entre un poco en razón. Allí hará buenas amistades, ya que las demás chicas son de las mejores familias. Cuesta carísimo, y excede con mucho lo que me puedo permitir.

Me despido. Te escribiré unas líneas en cuanto llegue a la ciudad.

Un abrazo,

Susan Vernon

Carta 3
De la señora Vernon
a lady De Courcy

Churchill

Mi querida madre:

Lamento mucho comunicarle que no nos será posible cumplir nuestra promesa de pasar las Navidades con usted, pues nos impide gozar de esa dicha una circunstancia que no creo muy probable que nos compense en absoluto. Lady Susan le ha enviado una carta a su cuñado en la que le comunica su intención de venir a visitarnos casi de inmediato, y como lo más seguro es que esa visita sea por pura conveniencia, me es imposible predecir lo que pueda durar. Yo no estaba en absoluto preparada para semejante contingencia, ni tampoco me explico esta conducta de milady. Langford parecía justo el lugar perfecto para ella en todos los sentidos, tanto por el estilo de vida caro y elegante de allí como por el gran apego que le tiene a la señora Manwaring, así que lejos estaba yo de

esperarme que nos hiciera tan rápidamente este honor, por más que siempre he sospechado, a tenor del cariño cada vez más grande que nos ha cogido desde la muerte de su marido, que tendría que llegar el momento en que nos viésemos obligados a recibirla. Soy de la opinión de que el señor Vernon fue demasiado amable con ella cuando estuvo en Staffordshire. El modo en que se ha portado con mi marido desde antes de que contrajéramos matrimonio, independientemente de cuál sea su forma de ser en general, ha sido tan taimado y mezquino, sin que hubiese la menor justificación, que alguien que fuera menos amable y afable que él nunca se lo habría pasado por alto, y aunque como viuda de su hermano que estaba pasando estrecheces lo que correspondía era que el señor Vernon le ofreciese ayuda económica, no puedo dejar de pensar que tanta insistencia para que se viniese una temporada a Churchill con nosotros estaba de más. Pero como él siempre piensa lo mejor de todo el mundo, el gran despliegue de pena que hizo ella, y sus afirmaciones de lo arrepentida y resuelta a actuar con prudencia que estaba, bastaron para que él se ablandara y confiase de veras en su sinceridad. Sin embargo, yo sigo sin tenerlas todas conmigo, y pese a lo convincente de la carta de milady, no sabré a qué atenerme hasta que consiga averiguar lo que verdaderamente pretende al venirse a casa; así pues, ya se podrá imaginar, mi querida madre, con qué ánimo aguardo su llegada. Ella dispondrá de ocasiones de sobra para hacer gala de ese poder de seducción por el que es tan célebre e intentar ganarse mi estima, y yo desde luego me voy a resistir a ese influjo si no va acompañado de algo más sustancial. En la carta

manifiesta las ganas que tiene de conocerme, y nombra a mis hijos con mucha amabilidad, pero no soy tan incauta como para creerme que una mujer que ha tratado a su hija con tanto desinterés, por no decir crueldad, vaya a sentir algún afecto por los míos. La señorita Vernon se va a quedar en un colegio de Londres antes de que su madre venga a casa, de lo cual me alegro tanto por su bien como por el mío. A ella le vendrá bien separarse de su madre, y, por otro lado, una chica de dieciséis años que ha recibido una educación tan mala no sería aquí una compañía muy aconsejable. Reginald lleva mucho tiempo deseando que yo conozca a esta cautivadora lady Susan, y esperamos que él también venga a vernos pronto. Me alegra saber que mi padre sigue tan bien de salud.

Con todo mi cariño,

Catherine Vernon

Carta 4

Del señor De Courcy a la señora Vernon

Parklands

Mi querida hermana:

Os felicito al señor Vernon y a ti por estar a punto de recibir en vuestra casa a la mayor coqueta de toda Inglaterra. Siempre he tenido motivos para considerarla una casquivana muy distinguida, pero últimamente me he enterado de algunos detalles de su comportamiento en Langford que demuestran que no se limita a esa especie de tonto sin mayor importancia que agrada a la mayoría de las personas, sino que aspira a la satisfacción más exquisita de hacer desdichada a una familia entera. Con su conducta con el señor Manwaring consiguió volver celosa y desdichada a la mujer de éste, y con las atenciones que dedicó a un joven que estaba muy unido a la hermana del señor Manwaring, logró privar a una chica encantadora de su pretendiente. Supe todo eso por un conoci-

do, el señor Smith, que está ahora por aquí (he comido con él en Hurst y en Wilford) y acaba de llegar de Langford, donde pasó una quincena en la casa en compañía de milady, con lo que tiene información de primera mano.

¡Qué mujer tiene que ser! Me muero de ganas de verla, y desde luego voy a aceptar tu amable invitación para formarme una idea más clara de ese poder suyo de seducción, que es capaz de ganarse a la vez y en la misma casa el afecto de dos hombres que no eran libres para concedérselo, y, además, sin que cuente ella con el encanto de la juventud. Me alegra saber que la señorita Vernon no va a acompañar a su madre a Churchill, ya que no posee buenos modales y, según el señor Smith, es tan aburrida como orgullosa. Allí donde la soberbia y la estupidez van unidas de la mano, no puede haber disimulo alguno al que valga verdaderamente la pena prestar atención, así que la señorita Vernon se vería relegada a un desdén implacable; sin embargo, por lo que oigo, lady Susan posee una encantadora habilidad para el engaño que me será muy agradable presenciar y detectar. Estaré muy pronto con vosotros.

Tu hermano que te quiere,

Reginald De Courcy

Carta 5

De lady Susan a la señora Johnson

Churchill

Recibí tu nota, mi querida Alicia, justo antes de irme de Londres, y me complació confirmar que el señor Johnson no sospechaba nada de nuestro encuentro de la tarde anterior. Sin duda lo mejor es engañarlo por completo; ya que él se empeña en ser tan testarudo, no queda otro remedio. Llegué aquí sin ningún incidente, y no tengo la menor razón para quejarme del recibimiento que me hizo el señor Vernon, pero confieso que no estoy tan satisfecha con la actitud de su señora. Es de una educación exquisita y tiene todo el aire de ser una mujer muy distinguida, pero todos sus modales no van a convencerme de que no esté predispuesta en mi contra. Yo quería que se regocijara de veras al verme, y de hecho me comporté con toda la amabilidad que pude, mas fue en vano: no le caigo bien. Claro está que, si tenemos en

cuenta que me tomé ciertas molestias para intentar impedir que mi cuñado se casara con ella, esa falta de cordialidad por su parte no resulta muy sorprendente, pero, de todos modos, es síntoma de una actitud intransigente y vengativa que esté molesta por algo que consideré conveniente llevar a cabo hace ya seis años, y que finalmente no llegó a buen puerto. A veces casi me arrepiento de no haber dejado que Charles comprase el castillo de Vernon cuando nos vimos obligados a venderlo, pero es que fue una circunstancia muy exasperante, sobre todo porque la venta tuvo lugar a la vez que el matrimonio de él, y creo que debería respetarse que mis delicados sentimientos no pudiesen soportar que la dignidad de mi marido se resintiera al tomar posesión su hermano pequeño de la mansión familiar. De haber podido arreglar las cosas de manera que nosotros no nos tuviéramos que ir del castillo; de haber podido seguir viviendo allí con Charles, tras conseguir que él permaneciese soltero, lejos habría estado yo de convencer a mi marido para que dispusiese de la finca de otro modo; pero es que Charles estaba a punto de casarse con la señorita De Courcy, y ahora el resultado me da totalmente la razón. Esta casa está llena de niños, con lo que no veo qué beneficio habría supuesto para mí que él comprase Vernon. Puede que el que yo lo impidiera haya dado a su mujer una impresión desfavorable de mí, pero cuando uno está predispuesto a que le disguste una razón, nunca le faltarán otras muchas, y en cuanto a la cuestión económica, aquello nunca ha impedido que Charles me sea siempre muy útil. La verdad es que le tengo mucho aprecio, por lo fácil que es aprovecharse de él.

La casa está muy bien; el mobiliario, a la última, y todo rebosa elegancia y abundancia. Charles es muy rico, de eso estoy segura; una vez que un hombre ingresa en una casa de banca, se forra de dinero. Sin embargo, no saben qué hacer con su fortuna, tienen muy poca vida social y sólo van a Londres por asuntos de negocios. Vamos a estar todos aburridísimos. Quiero ganarme el afecto de mi cuñada por medio de sus hijos; ya me he aprendido todos sus nombres, y, haciendo gala de mi mayor sensibilidad, le demuestro especial cariño a uno de ellos, el pequeño Frederic, al que siento en mi regazo y suspiro mientras recuerdo a su querido tío.

¡Pobre Manwaring! No hace falta que te diga lo mucho que lo echo de menos, y que lo tengo de continuo en mis pensamientos. Al llegar aquí, me encontré con una funesta carta de él, llena de quejas de su mujer y de su hermana, y lamentos suyos por la crueldad de su sino. A los Vernon les hice creer que la carta era de su mujer, y cuando yo le escriba a él, tendrá que ser dentro de otra dirigida a ti.

Un abrazo,

Susan Vernon

Carta 6

De la señora Vernon al señor De Courcy

Churchill

Bueno, mi querido Reginald, ya he visto a esta mujer peligrosa y paso a describírtela, aunque espero que muy pronto puedas hacerte tu propia idea de ella. En verdad es muy hermosa. Por mucho que quieras poner en tela de juicio el atractivo de una dama que ya no es joven, he de afirmar por mi parte que pocas veces he visto a una mujer tan preciosa como lady Susan. Es rubia y delicada, de bonitos ojos grises y pestañas oscuras, y, por su aspecto, nadie pensaría que tuviese más de veinticinco años, aunque de hecho debe de tener diez más. Yo desde luego no estaba dispuesta a admirarla, pese a haber oído tanto acerca de su belleza, pero no me queda más remedio que reconocer que reúne en sí una unión muy poco habitual de simetría, esplendor y gracilidad. Se dirigió a mí con tanta ternura, franqueza e incluso afecto que, de no sa-

ber yo la aversión que me tiene por haberme casado con el señor Vernon, además de que nunca nos habíamos visto antes, podría haber llegado a creerme que estaba recibiendo a una amiga íntima. Supongo que tenemos tendencia a relacionar el exceso de seguridad en una misma con la coquetería, y a esperar que unos modales insolentes vayan acompañados por una similar insolencia de mente; cuando menos, yo estaba preparada para que lady Susan se comportase con un indecoroso exceso de seguridad en sí misma, pero resulta que tiene un semblante muy dulce, y que su voz y su porte son muy agradables y encantadores. Qué pena que sea así, ya que no es más que un engaño. Lamentablemente la conocemos demasiado. Es inteligente y agradable, tiene ese conocimiento del mundo que permite que sea fácil conversar con ella, y se expresa muy bien, con un acertado dominio del lenguaje que me da la impresión de que emplea con demasiada frecuencia para convertir lo blanco en negro. Ya casi me ha hecho creer que le tiene muchísimo cariño a su hija, pese a que llevo tanto tiempo convencida de lo contrario. Habla de ella con tanta ternura y preocupación, y se lamenta con tanta amargura de haber descuidado su educación, lo cual, por otro lado, afirma que fue algo totalmente inevitable, que me veo obligada a recordar las muchas primaveras seguidas que pasó en Londres, mientras su hija se quedaba en Staffordshire al cuidado de los sirvientes, o de una institutriz que apenas era mejor que aquéllos, para no creerme todo lo que me cuenta.

Si sus modales ejercen tanta influencia en mi resentimiento, ya te podrás imaginar cuánto más influyen en el